

Ernesto Ottone, *El Viaje Rojo. Un ejercicio de memoria*, 2da., Ed. Debate, Santiago, 2014, 178 págs.

Sin ser amplios ni menos diversos, los relatos de recuerdos personales realizados por ex militantes del Partido Comunista de Chile (PCCh), resultan siempre interesantes al permitir nuevos acercamientos e interrogantes a la historia de esta organización, una de las más antiguas y relevantes de la izquierda nacional y regional.

Es cierto que desde hace poco más de una década se dispone de nuevas contribuciones en este género, ligadas preferentemente a la vida o trayectoria de quienes, por su avanzada edad, estiman llegado el momento de exponer lo que consideran fue lo significativo que les tocó vivir o conocer y que, tal vez, disponga de alguna utilidad para las nuevas generaciones de compañeros. La paulatina acumulación de estos recuentos no sólo debería alentar, actualmente, a la realización de más de algún trabajo de sistematización y análisis por parte de estudiantes y estudiosos, sino, a la vez, al impulso de nuevos rescates orales y escrituras de la memoria de militantes a lo largo del país. Tanto en lo primero como en lo segundo, el PCCh y la academia están aún en deuda.

Sin pretender ser una biografía, lo que efectivamente no es, ni tampoco un libelo teórico sobre la política y la democracia, el texto de Ernesto Ottone *El viaje rojo*, cumple perfectamente con lo que promete en un inicio: ser un ejercicio de memoria (personal) sobre una determinada vivencia, es esto, sobre su calidad de militante y dirigente comunista chileno por espacio de unos 15 años, entre 1967 y 1983.

Respecto de ello, dos asuntos saltan a la vista casi inmediatamente comenzada la lectura. Primero, lo más evidente, es que la experiencia militante del personaje refiere a lo más álgido del contexto político chileno del siglo XX, aquél que dio con el fin de la democracia representativa enmarcada en la Constitución de 1925, y la refundación e institucionalización del esquema capitalista criollo, ahora –dictadura mediante– de extrema subordinación a la expoliación privada nacional e internacional. Y, segundo, que quien cruzó por tal período no fue un personaje de edad avanzada o experimentado de la política local, sino un joven que a los 22 o 23 años de edad (bajo el gobierno de la Unidad Popular), ya estaba instalado entre lo más destacado del segmento juvenil de la élite partidaria, desempeñando funciones burocrático-estatales y, muy pronto, burocrático-transnacionales, al ser llamado a ocupar altos cargos en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (FMJD). A su trabajo desempeñado en esta estructura internacional, está dedicado la mayor parte del libro que comentamos.

En la FMJD, Ottone estuvo casi una década, es decir, lo más importante de su vida comunista lo desarrolló en esta instancia donde, a la par con la intensa actividad de apoyo a la causa democrática chilena y de denuncia de la dictadura de Pinochet, tuvo que emprender múltiples relaciones, gestiones y viajes en apoyo a las “luchas de liberación nacional” de numerosos pueblos que, en el aquel entonces, conformaban el llamado Tercer Mundo. De todo ello, el autor da nutrida cuenta en las páginas de su libro, sazonzando oportunamente su relato de serias y solemnes actividades de la diplomacia mundial, con graciosos comentarios sobre anécdotas y chistes acontecidos en tales ocasiones. Su prosa, por lo general clara y fluida, adquiere así niveles de amenidad que cabe destacar.

Para bien o para mal, es innegable que la experiencia militante comunista ha sido o es altamente significativa en la vida de muchos de quienes la han emprendido (o padecido)*. Decimos esto porque el texto de Ottone y, por cierto, su propio título, señalan lo determinante que aquello fue en la vida particular del narrador.

¿Por qué se escribe un libro como este? ¿Hay necesidad de hacerlo? ¿Para quién escribe *El Viaje Rojo*? Sin ser explícito respecto de estas interrogantes (es más, ni siquiera se las plantea en su Prefacio) pareciera que la redacción de este “ejercicio de memoria” persigue en el autor ordenar un cierto pasado, ajustarlo, comprenderlo mejor a fin de revelar una probable verdad: la afirmación de una autonomía personal –política e intelectual– que procura constantemente enfatizar en sus páginas. Por tanto, este libro parece ser, por sobre todo, un balizado personal, un decir: de ahí vine, eso hice y en esto me convertí. En este sentido es una escritura sensible y honesta, y que procura avisar a todos “lo que hice”, políticamente hablando.

Nada ajeno a la motivación que acabamos de proponer, es el hecho de querer (tal vez) ajustar cuentas públicas con el PCCh y la cultura comunista en la que vivió. Y hacerlo sin caer en alardes ni en negaciones destempladas, y sin acudir a los efectismos *post mortem* a lo Ampuero, o de otros literatos del montón que, desde un tiempo a esta parte, hacen caricatura del pasado comunista del cual, en más de un caso, profitaron. Ottone no evita la crítica ni tampoco el juicio adverso a los cercos de la vida partidaria, a la mediocridad de varios de sus dirigentes máximos, o a la soberbia de otros, en especial de aquellos que, a finales de

* Ya en otros lugares hemos reflexionado sobre ello, y no es del caso aquí reiterarlo.

los 70, buscaban personificar la nueva línea revolucionaria del Partido. Expone el dogmatismo de todos, la docilidad y obsecuencia de muchos, la candidez de tantos. Y de todo eso, si bien de un modo un tanto oblicuo, es capaz, en algunos momentos, de colocarse él mismo como parte y ejemplo de tales convicciones y cinismos.

Ottone busca exponer las muchas pamplinas ideológicas presentes en lo que llama “la vulgata marxista-leninista”; las reiteradas ruedas de carreta de la comunión comunista en las que él también creyó; pero lo hace con tino, sin exagerar, por más que en sus expresiones haya más de un personaje que francamente detestó. Y es que transita en el habla de Ottone un querer ser agradecido y afirmar un determinado respeto. Sabe que, más allá de los errores e imposturas, hubo también mucha sangre y sacrificio, dolores y pérdidas de las que es imposible escapar. Sabe que los lazos y las marcas quedan, y si bien hoy no es posible volver a sentirlos como antes, sus proyecciones –las pasadas, pero también, las futuras– de algún modo siguen vigentes. Su libro es un modo de reinstalarse delante de ese pasado y delante de ese Partido que tanto le dio, pues, claramente, sin el paso por sus filas, no habría alcanzado lo que llegó a ser. Ese pasado y ese Partido –que, en la práctica, vienen a ser una sola cosa– es a los que ahora apela, no para volver a abrazarlos (asunto imposible), sino para hallar con ellos y para ellos, un *modus vivendi* para la vida actual**.

** El texto de Ottone fue elaborado en instantes de acelerado acercamiento entre el PCCh y la anterior Concertación, asunto que cristalizaría en la creación de la Nueva Mayoría. Esto importó un giro definitivo del PC hacia posiciones de ajuste social del proyecto de modernización neoliberal en una perspectiva conceptual que se dio a llamar “nuevo ciclo” de la política chilena, ampliamente sostenido por Ernesto Ottone.

Obviamente, la narración de Ottone deja un sinnúmero de situaciones o preguntas sin abordar. ¿Qué ocurrió en la Jota en la segunda mitad de los años 60 que llevó, entre otros, a él, a ser rápidamente promovido a puestos relevantes? ¿Cómo se construyeron los ámbitos y relaciones de influencia al interior de la Jota? ¿Por qué fue destacado prontamente a roles en el plano del comunismo internacional? No es claro -ni menos detalla- su relación respecto a cómo cuestiona la política nacional a internacional del PCCh entre fines de los 70 e inicios de 80. Indica que hubo al menos dos momentos decisivos en ello: 1979 y 1981, en sendos ampliados partidarios, pero se omiten circunstancias y contenidos en un fenómeno que debió ser, suponemos, intenso. Nada sustancial desarrolla sobre sus vínculos con la Social Democracia y el Eurocomunismo; con las fundaciones y centros académicos de Europa Occidental; su pronta incorporación a organismos de las Naciones Unidas, una vez que deja la Federación Mundial. Omite, igualmente, referirse a sus relaciones con la élite PC una vez alejado orgánicamente de él.

No cabe duda, por las mismas señas de personalidad con que se describe, que Ottone fue parte y cultivó una de las variantes más sobresalientes del conservadorismo partidario, la variante de la dirigencia más añosa (la de Millas, Montes, Zorrilla, Campusano, Teitelboim, Corvalán, etc.), la misma que pronto se verá sobrepasada por la irrupción de otra articulación de poder partidario no menos rígida y conservadora en sus posiciones: la de los circuitos militarizantes nucleados en torno a Gladys Marín. El declive de la vieja guardia, a inicios de los años 80, implicará la incomodidad de varios militantes cercanos a los mecanismos de decisión comunista, más aún cuando estos eran ya mucho más evidentes en Chile que entre los contactos externos. El PC había cambiado y fue cada vez más insostenible

tener que responder a políticas poco complejas, rudas, que no dejaban espacio a discrepancias, y que en aras de nuevas muestras de sacrificio, despreciaban las buenas maneras y las prácticas cultas de lo político. Ottone y su sentido de lo adecuado y ponderado, tuvieron que retirarse, no sin un fuerte pesar por ello. Así queda expuesto en el libro que hemos comentado.

Manuel Loyola
Editor Izquierdas.cl